

PRESENTACION LIBRO "IGLESIAS DE LA MODERNIDAD EN CHILE" DE  
MONTSERRAT PALMER. LO CONTADOR. 23 DE JUNIO DE 1997.

En nuestra Facultad de Arquitectura se ha asumido la tarea de recoger, estudiar y exponer el patrimonio arquitectónico chileno. Así se han ido ordenando los hitos de un camino que permite entender el proceso de creación de nuestros arquitectos, y ratear sus relaciones con movimientos universales. Un lugar destacado lo han ocupado los estudios sobre arquitectura moderna y contemporánea que son a menudo como un puesto de atalaya para llegar a entender aquello de nosotros mismos que se halla tan próximo en el tiempo que sus rasgos se nos hacen confusos.

Era esperable entonces que se abordara la arquitectura religiosa. Fuimos una colonia pobre y aislada, azotada de continuo por terremotos y por incursiones bélicas. Así, nuestros grandes templos urbanos son apenas excepciones, y gran parte de lo mejor de una creatividad anónima quedó en estructuras frágiles, que han llegado a pasar casi inadvertidas, cuya modestia material encierra tanta riqueza artística y religiosa como se puede ver desde las gráciles iglesias de madera de Chiloé, hasta las humildes capillas cuyos contornos redondeados parecen emerger de la misma tierra en el desierto del Norte Grande. Todavía más, por todo un siglo sopló algo así como un viento de desprecio por la arcaica construcción religiosa, el que halló su expresión simbólica y lamentable en el furor de los estucadores contra los muros austeros y las naves sombrías de la Catedral Metropolitana de Santiago.

Este libro narra - por medio de las ilustraciones explicadas de obras - un trayecto que tiene un sitio de comienzo casi forzado para obra de esta índole, en Europa y en los Estados Unidos, en el siglo pasado y en los comienzos del nuestro. Como un paseo cualquiera, podría tener muchos trazados distintos y muchos puntos de término diferentes. De hecho resulta ser una ascensión a uno de los puntos culminantes de la arquitectura religiosa en Chile que es la Iglesia del Monasterio Benedictino de las Condes. Creo que desde ella se entiende mejor el camino que escogieron los autores.

La arquitectura moderna no exploró sus posibilidades a través de la construcción de la iglesia, del templo, como había acontecido en otro tiempo. Fueron otros los espacios públicos que la desafiaron y cuyos problemas procuró resolver, llevando al fin y casi marginalmente las soluciones encontradas al terreno de la arquitectura religiosa. Las primeras iglesias modernas le aplican al espacio sagrado los descubrimientos que traen desde el terreno de la industria, o de espacios privados donde primara la pura belleza, o de lugares destinados a la asamblea piadosa. Pero al mismo tiempo, la arquitectura descubre que los materiales y los recursos de construcción cotidianos - esa especie de alfabeto de la modernidad - pueden adquirir un quantum de libertad en la estructura del templo, donde el tiempo y el espacio pierden su condición homogénea y mensurable, y le dan lugar a otra forma de existencia que había ido quedando marginada por la ciencia y por la técnica.

La iglesia de los benedictinos no es grande. Pero ya desde la distancia resulta sorprendente la forma en la que se posa en el marco imponente de los Andes. Su fuerza no está en adaptarse a la montaña sino en distinguirse de ella: con la sencillez

exterior de sus bordes rectilíneos y de sus superficies blancas, ella desafía y convoca a la vasta cordillera: se hace centro organizador del paisaje. Los recursos técnicos de la construcción se han transformado en un anuncio.

Tiempo antes, luego del terremoto de 1939, la Catedral de Chillán (págs. 100ss.) - cuidadosamente descrita en el libro - había hecho de los recursos de una construcción industrial, un edificio que convocara al culto de Dios. Como tantas veces en Chile, el paradójico "fruto" de un terremoto había sido obligar a repensar el espacio habitado, y había forzado a encontrar dimensiones de libertad en elementos puramente funcionales.

Al interior de la iglesia benedictina, la luz que baña las paredes crea un espacio sincero como un desierto. Hay apenas el juego de los blancos de las superficies que se cortan al interpenetrarse los dos cubos de la construcción o al resplandecer suavemente la capilla del Santísimo. Creo que se halla en la línea de búsqueda que iniciaron entre nosotros Alberto Cruz y su grupo con la capilla de Pajaritos (págs. 104 ss : un espacio de luz que le da sitio a la oración, que es capaz de ocultarse para que luzca la acción del culto, que no responde a una determinada estética, sino a la misma problemática del acto de oración.

Los dos cubos de la iglesia benedictina acogen la dinámica de la doble comunidad, de los monjes y del pueblo, reunidos en asamblea de oración en torno del altar al que se accede por una pendiente solemne desde cuya profundidad se siente en la misa solemne surgir el canto del introito. La obra no parece tener otro sentido que el de acoger a la comunidad convocada para oír la palabra, para la oración litúrgica y para la fracción del pan. Por los mismos tiempos en que se construía esta iglesia, los arquitectos del grupo de Valparaíso emprendían la ímproba tarea de recuperar, reparar, reconstruir, reemplazar las iglesias destruidas por el terremoto de 1960 en el sur del país (págs. 138 ss). Y a pesar de las diferencias, se encuentran analogías evidentes con la iglesia benedictina. Los templos tienen como sentido el de reunir a la comunidad de los fieles en el rito sagrado: en su arquitectura, es la Eucaristía lo que está presente. La estructura de galpones es como un receptáculo del misterio. Los materiales, humildes y ricos como la madera no valen por sí mismos sino por el misterio que encierran.

Todo ese conjunto de iglesias chilenas tiene una historia que se halla delineada en estas páginas y que fue escrita con obras anteriores, muy notables, que habían de desembocar en el conjunto de templos que representan lo más rico y depurado que se ha hecho en arquitectura religiosa en el país. Pero nada de eso se entiende sin el movimiento litúrgico, sin la gran reforma litúrgica que encontró su expresión en el Concilio. Las nuevas iglesias no son para nada la expresión de una seca adhesión a normas renovadas. La reforma litúrgica se ha hecho carne en los artistas, y aquí se muestra ese sentido peculiar que tiene el verdadero arte religioso cristiano, desde las basílicas romanas primitivas o las pequeñas iglesias bizantinas de Meteora hasta el ingreso - desolador como la tragedia humana - que lleva al interior luminoso de la Iglesia Parroquial de Arauco: hablarle al alma - directamente - del Emmanuel, del Dios con nosotros.

Este libro habla de muchos intentos hermosos y nobles de arte religioso moderno en Chile. Pero si yo hubiera de señalar un mérito propio de esta obra que comento, sería el de mostrar cómo a través de ellos la gran renovación moderna de la arquitectura va siendo penetrada por la reforma litúrgica, por la revalorización de la liturgia que es como el redescubrimiento de la verdad nunca olvidada en la Iglesia, pero a veces oscurecida, de que Dios ha querido hacerse un templo del corazón de cada hombre, y de que el templo material que sus manos construyan, será entonces el ícono de ese otro templo que Dios ha querido habitar.

Un profesor de nuestra Facultad de Arquitectura me dió a conocer un viejo texto de una iglesia oriental del siglo V, que nos habla con inusitado frescor a los hombres de nuestro tiempo, tan ocupados en construir las casas terrenas, y que podría ser meditado a propósito de la arquitectura eclesiástica.

"...(Dios) construye para nosotros el mundo, nosotros le construimos una casa..." (\*)

El templo es entonces como una imagen de la omnipotencia de Dios, y ejerce sobre nosotros un efecto parecido al de ella: "Habita con ternura entre nosotros y nos llama a seguir el camino del cielo para habitar en él..." (\*). Es como parte del "admirable intercambio" (\*\*) al que se canta en la vigilia pascual: "Ha dejado Dios su morada y ha escogido a la Iglesia para que nosotros abandonemos la nuestra y elijamos el paraíso..."(\*)

Desde siempre y en todas las religiones, el templo marca como un corte, una discontinuidad en el espacio y se ofrece como el ámbito para un tiempo distinto. Hay un tiempo y un espacio sagrados que son distintos del espacio y del tiempo profanos. Mucha mentalidad moderna está marcada por el amor a lo funcional, a lo instrumental, y ve en el espacio y en el tiempo, primordialmente magnitudes a las que es necesario estimar y medir: un mundo homogéneo de medios y fines. Pero ni siquiera ese mundo puede existir sin fundamento, y el templo es el símbolo de que existe un lugar donde el hombre encuentra el fundamento.

Lo sagrado - el fundamento - adquiere figuras y estilos distintos. Pero siempre lo que se expresa en él es que "... Dios habita en medio de los hombres para que los hombres encuentren a Dios..." (\*) En un mundo hecho de funciones y pasiones, él habla del Misterio.

Hay que agradecerles a los autores que hayan traído a nuestra conciencia ese hilo histórico de singular viveza que marca el desarrollo de la arquitectura religiosa moderna en Chile. Quisiera Dios que este camino, humilde, pero hermoso y coherente fuera recorrido por las otras artes para iluminar nuestras vidas con el misterio de Dios.

(\*) Obispo Balai de Aleppo

(\*\*) Liturgia de la vigilia pascual